

## EL LLANTO.

...è piangeva perchè avea bisogno di consolazione.—Ugo Foscolo.—Sera di Maggio.



Este mundo una mansion de dolor. Es el llanto la espresion y el alivio del pesar. Sufré el corazon desgarrado por el infortunio, y ni una mano amiga, ni una sonrisa de amor podrán hacer renacer la paz perdida, ni revivir esas bellas creencias que destruyó el desengaño, como los rayos del sol descuajan los carámbanos de nieve. En medio del dolor, el único consuelo se encuentra en el dolor mismo; y una lágrima sola, aunque ardiente, surque y abraza la mejilla, basta para desahogar el pecho del desgraciado.

La Divinidad, que condena al hombre á vivir en la tierra como en una mansion de dura prueba, conoció que necesitaba de vez en cuando un descanso, una tregua á sus males, é hizo que los mismos males hi-

ciesen brotar en el alma ese bálsamo cruel y consolador, tierno y amargo, que espresa todo un sentimiento, que es mas sublime que todas las oraciones que suben á los cielos.

Y una lágrima mitiga los dolores de la carne, de ese vaso impuro, cárcel del espíritu, y las arranca de la pupila cada esperanza que huye, cada sentimiento que muere, hasta que perdidas todas las ilusiones, vacilante la fé, se encuentra el hombre solo en medio del mundo cual el ave que espantada atraviesa los desiertos del Océano, y entónces . . . entónces tambien, hay una lágrima, que es la sentida elegía de todo lo que supimos amar, de todo lo que ávidos seguimos para verlo pasar, como se borra en el llano la sombra de las nubes llevadas por el viento! . . . . . Y esa lágrima de la desgracia y del aislamiento completo del espíritu, es la queja amarga de la criatura al Criador, es la plegaria de la fé que sucumbe, de la esperanza que muere. . . . .

Pero si esa lágrima no vuelve jamas al hombre sus esperanzas marchitas, si no tiene fuerza para reanimar los tesoros que roba la tumba, si no puede hacer palpitar de nuevo el corazon con el fuego divino del amor, ella abre las puertas de otro mundo, porque miéntras marchitando la faz simboliza la mas intensa plegaria, la Divinidad la mira compasiva reflejando en ella el iris puro de la fé, y nuestra alma divisa á lo léjos otra existencia en que no habrá la triste necesidad de llorar. . . . y el hombre se goza en su dolor, y lo ofrece en holocausto al dispensador de la bienaventuranza. . . . .

¡Ay de aquellos que ahogan el sentimiento y empedernecen su corazón! ¡Ay de aquellos que no tienen una lágrima de dolor ni de piedad!—Pensemos que el llanto es el único alivio concedido al infortunio, que él desahoga el corazón de su cruento penar y produce una calma dulce y melancólica . . . .

Después de la borrasca luce risueño el iris en el horizonte: cuando el volcán ha arrojado sus ardientes lavas, su cima se corona de nieve. *Lloremos, siempre que tengamos necesidad de consuelo.*

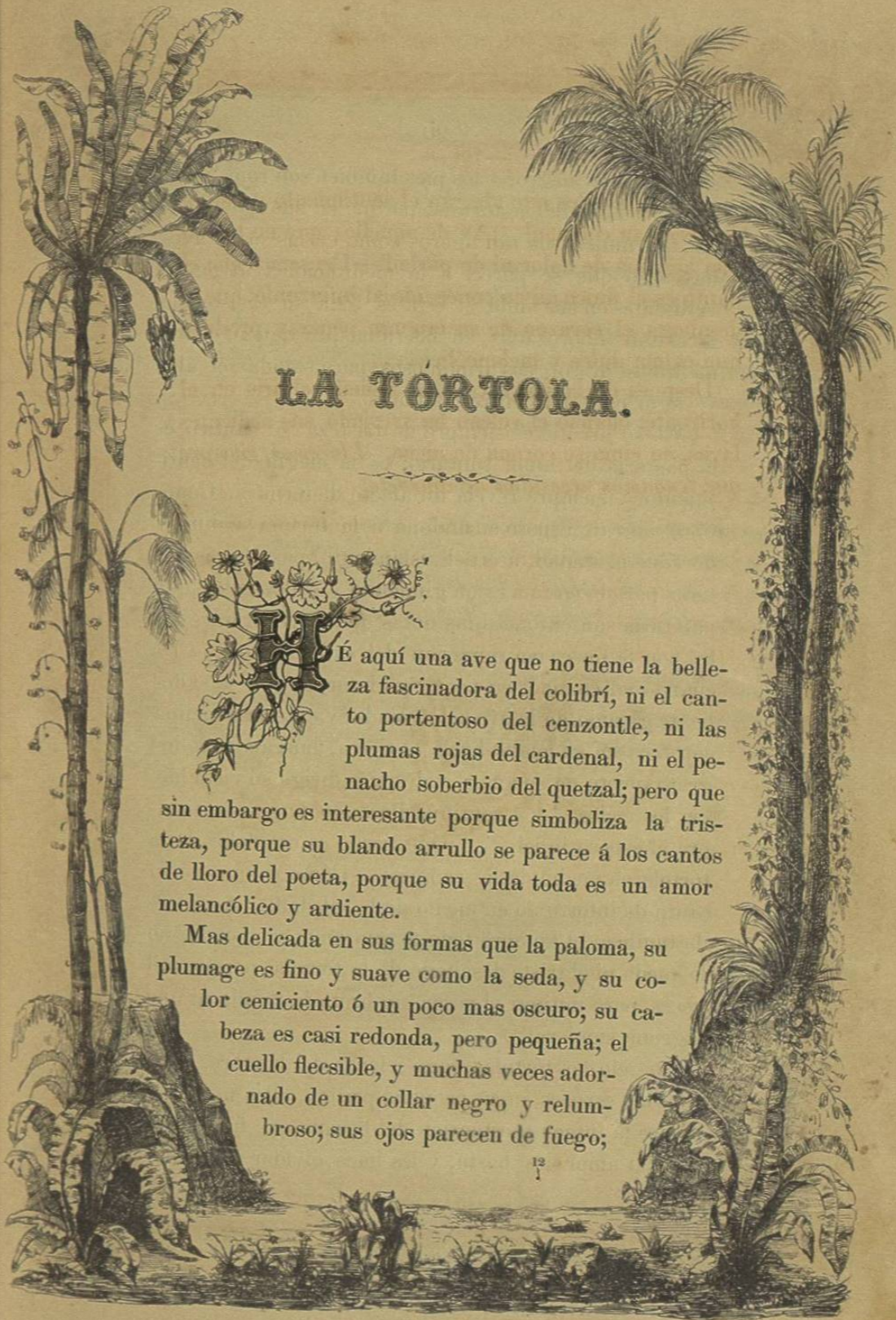
1849.—FRANCISCO ZARCO.



## LA TORTOLA.

**H**É aquí una ave que no tiene la belleza fascinadora del colibrí, ni el canto portentoso del cenizote, ni las plumas rojas del cardenal, ni el penacho soberbio del quetzal; pero que sin embargo es interesante porque simboliza la tristeza, porque su blando arrullo se parece á los cantos de lloro del poeta, porque su vida toda es un amor melancólico y ardiente.

Más delicada en sus formas que la paloma, su plumaje es fino y suave como la seda, y su color ceniciento ó un poco más oscuro; su cabeza es casi redonda, pero pequeña; el cuello flexible, y muchas veces adornado de un collar negro y reluciente; sus ojos parecen de fuego;



solo el iris es negro, y los piés tambien son rojos y delgados. Es bella la tórtola, porque en sus movimientos, que nunca son tan ligeros como en las otras aves, hay algo que se parece á la meditacion y al pudor. Ardientes en sus amores, esta es toda su ecsistencia; no saltan alborozadas en las ramas, ni tienen cantos melífluos, ni gorgéos armoniosos para saludar el alba y vagar cantando entre las flores.

No: su arrullo es siempre de tristeza: su cántico es la plegaria del amor solitario; es la elegía del sentimiento, y siempre revela un afecto de ternura. Cuando el ingrato esposo abandona á la tórtola á dura y horrible orfandad, á cruel aislamiento, pasa horas enteras parada en una rama gimiendo y sollozando; ¡qué patéticas son entónces las notas que fluye su garganta! son la mas viva espresion del sufrimiento. . . . De cuando en cuando, en pequeños intervalos, cesa el doliente gemido de la ave acongojada, y entónces inclina con trizteza su cuello hácia la tierra, buscando al ingrato objeto de su amor, y despues dirige su vista hácia los cielos. . . . y continúa llorando, buscando siempre al esposo infiel. . . . ¡Qué tierno es ese dolor de la tórtola en medio de los campos! ¡Cómo conmueve su canto de infortunio en medio de la soledad! Así pierde tambien el hombre todo lo que ama; y aislado, no le queda ni el triste desahogo de la tórtola; porque mil veces, para mitigar el pesar, no brota la pupila ni una lágrima siquiera! . . .

Cuando las tórtolas son esclavas del hombre, y viven dos esposos en su pequeña prision, ellos no echan ménos la inmensa estension del bosque que fué su patria; su amor les basta, y les hace olvidar su cauti-

verio! . . . . ¡Qué delicadas son sus caricias! ¡Qué dulces son sus placeres, cuando palpitando de amor, erizado el plumage, cantan juntos sus deleites en dúos llenos de armonía; pero siempre melancólicos, siempre revelando algo de tristeza, porque esta ave es como el verdadero poeta, que, aun gozando, recuerda ó advina sus dolores! . . . .

La tórtola viuda, es el modelo de abnegacion y de amor. . . . Canta, y su arrullo es de desesperacion; gime en amargo duelo, y permanece inmóvil sin batar las alas, sin tomar alimento, hasta que espira junto al cadáver de su esposo, entonando el amargo cántico del dolor y la agonía! . . . .

La tórtola conmueve é inspira melancolía, y viene siempre á la memoria cuando pasa por la mente, fugaz y bello como el colibrí, algun pensamiento de amor.

1849.—FRANCISCO ZARCO.





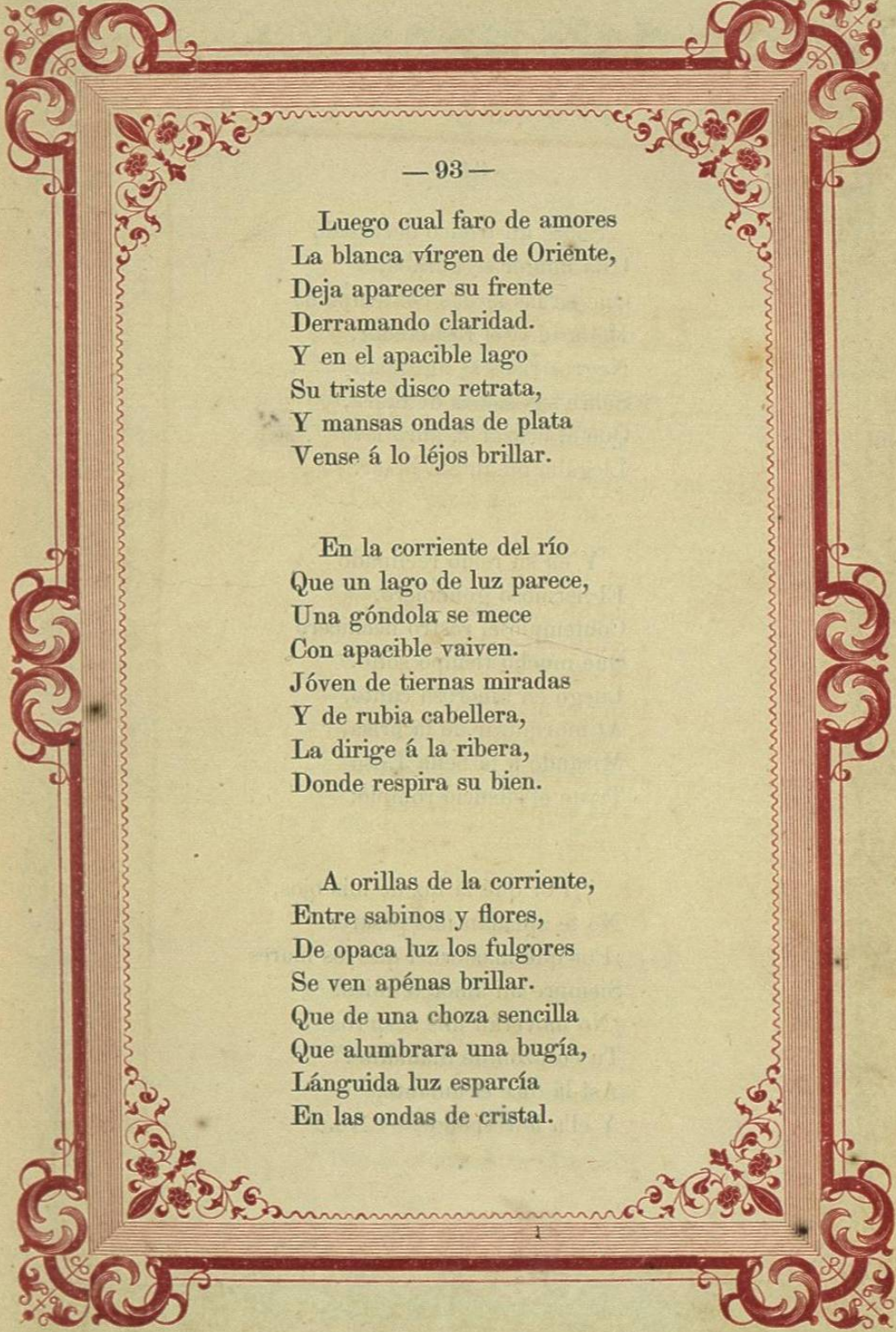
## EL GONDOLERO.

A mi querida amiga M. Vargas.

LANGUIDA espira la tarde,  
Y la colina allá léjos  
Con sus últimos reflejos  
Baña el moribundo sol.  
De las montañas descenden  
Negras sombras, misteriosas,  
Y las auras caprichosas  
Forman confuso rumor.

En la copa de la encina  
Con su lánguida armonía,  
Ya se despide del día  
El parlero ruiseñor;  
Y del zagal que cantando  
Hacia su hogar se retira,  
Entre las auras espira  
El eco de su canción.

— 93 —



Luego cual faro de amores  
La blanca vírgen de Oriente,  
Deja aparecer su frente  
Derramando claridad.  
Y en el apacible lago  
Su triste disco retrata,  
Y mansas ondas de plata  
Vense á lo léjos brillar.

En la corriente del río  
Que un lago de luz parece,  
Una góndola se mece  
Con apacible vaiven.  
Jóven de tiernas miradas  
Y de rubia cabellera,  
La dirige á la ribera,  
Donde respira su bien.

A orillas de la corriente,  
Entre sabinos y flores,  
De opaca luz los fulgores  
Se ven apenas brillar.  
Que de una choza sencilla  
Que alumbrara una bugía,  
Lánguida luz esparcía  
En las ondas de cristal.

Sobre un tronco derribado  
Una muger se miraba,  
Que en las aguas contemplaba  
De la luna el resplandor.  
Negros rizos se agitaban  
Sobre sus sienes de nieve,  
Que al cruzar el aura leve  
Llegaba amante á besar.

Y en su remo reclinado  
El hermoso gondolero,  
Contempló el rostro hechicero  
Que mucho tiempo soñó.  
Luego en amoroso canto,  
Al murmurar de la brisa,  
Mirando á la bella Elisa  
Triste el silencio rompió:

“¿Por qué la luz de mis ojos,  
No te apiadan mis pesares?  
¿Por qué mas cruel que los mares  
Siempre mi amor te miró?  
¿No moverán mis suspiros  
Tu corazón de diamante?”  
Así la dice el amante,  
Y ella le responde:—“No.”

“En vano la noche, Elisa,  
Paso rondando tu choza;  
En vano á tu boca, hermosa,  
Una palabra pedí.  
¿Siempre cruel á mis tormentos  
Veré tu semblante fiero?”  
Así dice el gondolero,  
Y ella le responde:—“Sí.”

“Recorre el bosque vecino,  
Verás como en mi tristeza,  
Y sobre dura corteza,  
Allí mi mano grabó,  
En cada tronco, tu nombre.  
¿No me verás un instante?”  
Así la dice el amante,  
Y ella le responde:—“No.”

“¿No viste al rayar el día,  
Y á los primeros albores,  
Bella guirnalda de flores  
Que en el vergel recogí,  
Y que puse en tu ventana  
Cual prueba de amor sincero?”  
Así dice el gondolero,  
Y ella le responde:—“Sí.”

“¿No escuchaste entre las auras  
De la noche silenciosa,  
Dulce canción amorosa  
Que mi acento te mandó?  
¿Tu corazón con mi trova  
No sentiste palpitante?”  
Así la dice el amante,  
Y ella le responde:—“No.”

“¿Quieres, Elisa, que muera  
Entregado á mis dolores?  
¿Se calmarán tus rigores  
Con mi juramento? dí.  
Te adoro, Elisa, te adoro;  
Dime que me amas, ó muero.”  
Así dice el gondolero,  
Y ella le responde:—“Sí” . . .

“Ven, que en tus labios, Elisa,  
Quiero estampar dulce beso,  
Que en tan dichoso embeleso  
Siempre mi amor deliró.  
Bella vírgen, ¿cual las ondas,  
Serás acaso inconstante?”  
Tierno la mira el amante,  
Y ella le responde:—“No.”

“¿Quieres venir á mi lado?  
Aquí unidos bogaremos,  
Nuestras dichas cantaremos  
Alejándonos de aquí,  
Hasta que la nueva aurora  
Lance su rayo primero.”  
La dijo así el gondolero,  
Y ella le responde:—“Sí.”

“Y de rosas y jazmines  
Una corona en tu frente,  
Será diadema luciente  
Y seré tu esclavo yo.  
¿No temerás de los mares,  
Conmigo el viento inconstante?”  
Así la dijo el amante,  
Y ella le responde:—“No.”

“Amores murmura el río;  
Todo está de vida lleno.  
Ven, ¡ay! que tu blanco seno  
Latir amante sentí.  
Sobre él, adorada Elisa,  
Daré el suspiro postrero.”  
Le da un beso el gondolero,  
Y ella le responde:—“Sí.”

15

Ya se desliza en el río,  
Impulsada blandamente  
La góndola, y la corriente  
Lenta y murmurando va.  
Y al gondolero en el seno  
De la de negros cabellos,  
Con sus lánguidos destellos  
La luna alumbrando está.

Su dulce canto de amores  
Apena escuchar se deja,  
Luego por grados se aleja  
Y como un eco se oyó.  
Y entre las ondas de plata  
Un bulto lento se mueve,  
Que como una sombra leve  
En las sombras se perdió.

Febrero 4 de 1850.—L. G. ORTIZ.



### LA FLOR SIN AROMA.



Su tallo es airoso y gentil el tallo de la planta; sus hojas tienen un brillo como el de la esmeralda, y la flor tiene delicados pistilos, finas corolas y color de fuego; pero algo falta á esa flor. . . . No tiene vida, no se inclina, estremeciéndose de deleite, á los primeros albores del dia, para beber las perlas del rocío de la mañana; esa flor parece insensible á la belleza que la rodea; no se detienen en su cáliz las mariposas, agitando sus alas delicadas; vive aislada, porque no tiene perfume, porque no hay un aroma que anuncie su existencia.

El perfume de las flores, es lo que el canto en las aves, lo que el pensamiento en el hombre. La flor sin perfume, es el dia sin sol; el corazon sin amor; el alma sin sentimiento; la mente sin ideas; la belleza sin atractivo. . . .

Es triste la flor sin aroma: no inspira simpatías; no hay quien se complazca en prodigarla sus cuidados, porque se parece á la muger de hermosas formas

y de alma de nieve. Esas flores mudas no llaman la atencion, no enternecen el corazon, no espresan nada....

Ellas viven mas; las hieren ménos los vientos y los rayos del sol, porque son como los hombres sin sentimiento: tambien es mas larga su vida, pero no experimentan jamas los placeres de una esquisita sensibilidad!

¡Pobre flor sin perfume! Es fria tu belleza, y no produces dulces emociones! Eres como la muger sin amor, como el hombre sin creencias, ni ilusiones.

1849.—FRANCISCO ZARCO.

